

NI SIQUIERA SABÍA SU NOMBRE

(1º Premio XV Certamen de Bailén de Textos Teatrales)

Felisa Moreno Ortega

PERSONAJES:

ADELA

LÓPEZ

MADRE DE LÓPEZ

SUEGRA DE ADELA

SARA

ROSE

FEDE

ADOLFO

SUEGRO DE ADELA

GUILLE

MARTA

ACTO PRIMERO

Dormitorio de López. Decoración sencilla: una cama pequeña, una mesita de noche, un perchero y un banco, donde vemos ropa bien doblada. Todo está perfectamente ordenado. En una pared hay colgado un póster de Mecano. En la cama se ven dos personas. Por una ventana entra una luz que se va haciendo más intensa. Adela se despierta, mira a un lado y a otro, ve a su lado un bulto y se levanta sobresaltada.

ESCENA PRIMERA

Adela y López

Adela se levanta de la cama somnolienta y despistada, da una vuelta por la habitación observándolo todo con asombro, se restriega los ojos y mira hacia el bulto que hay en la cama, casi tapado por las sábanas.

ADELA. ¡Dios mío!, ¿dónde estoy? (*mira hacia abajo*) ¿y este pijama de hombre? No es de mi marido.

(Se acerca con cuidado a la cama y cuando ve el rostro de López, da un salto hacia atrás y se lleva las manos a la cabeza)

ADELA. Señor, Señor... ¿Qué he hecho? Me he acostado con el estúpido de López. Pero si ni siquiera sé cómo se llama..., ¿Pepe?, ¿Manolo? Qué se yo. (*Suspira*) ¿Qué hice anoche? ¿Qué locura cometí? Seré el hazmerreír de la oficina cuando él lo cuente. (*Paseando por la habitación y moviendo mucho las manos*) Y lo contará, seguro que lo contará. A los hombres les gusta presumir de estas cosas, sobre todo en la barra de un bar con una cerveza delante. Ya me imagino su cara de satisfacción, sus gestos de machito engreído. Tengo que irme, buscaré mi ropa y me marcharé antes de que se despierte el imbécil este...

LÓPEZ. (*Con voz adormilada*) ¿Ya te has despertado, Adela? ¿Cómo te sientes?

ADELA. (*Indignada*)¿Cómo quieres que me sienta, estúpido? (*contesta ella furiosa*) Dime, ¿qué hago aquí?, ¿qué haces tú en esa cama?

LÓPEZ. (*Un poco asustado ante el tono de Adela*) Es mi cama...

ADELA. (*Grita furiosa*) ¡Ya sé que es tu cama, imbécil! Lo que no sé es cómo he llegado yo a ella.

LÓPEZ. (*En tono conciliador*) Es una larga historia, anoche, en la cena de la empresa, bebiste mucho y...

ADELA. (*Cortante*) No sigas, no quiero saber los detalles. Maldita cena de empresa, si no voy ningún año... ¿Qué me llevaría a mí a ese restaurante de mierda? Y encima, me tocó al lado de la esposa del

jefe que no paraba de decir, “moníiiiiisimo”: mi hijo estaba moníiiiiisimo de comunión, ese vestido es moníiiiiisimo, la decoración de mi casa es moníiiiiisima. Me tenía hasta el gorro. Bebí, claro que bebí. ¿Qué podía hacer sino beber para poder soportar las tonterías de esa pija que se compra bolsos de marca con el dinero que su marido nos regatea en nuestras nóminas.

LÓPEZ. *(Se levanta de la cama. Solo lleva una camiseta de tirantes y unos calzoncillos anticuados, casi le llegan por la rodilla)* Adela, escúchame...

ADELA. *(Lo mira sorprendida y asqueada)* ¿Qué haces en ropa interior? Tápate hombre.

LÓPEZ. Te dejé mi pijama a ti, estabas aterida de frío.

ADELA. ¿Y no tienes más pijamas? Nos pagan poco en la asesoría, pero para un par de pijamas sí que da.

LÓPEZ. El otro está para lavar. *(Encogiéndose de hombros)* Solo tengo dos, no necesito más.

ADELA. ¡Es igual! No tengo tiempo de oír explicaciones. Debo irme, son casi las ocho. Mi marido estará preocupado. Mi marido... ¡Pobre Fede! Le he puesto los cuernos *(dice llorosa)*

LÓPEZ. Adela, déjame que te explique...

ADELA. ¡Te he dicho que no quiero saber nada de lo que sucedió anoche! Afortunadamente, yo no recuerdo lo que pasó después de que me tomé el tercer gin tonic en la discoteca. Y prefiero seguir así. De esa forma, quizás pueda olvidar todo esto y podré volver a mirar a los ojos a mi marido sin sentirme culpable.

LÓPEZ. *(Encogiéndose de hombros)* Cómo quieras. Si quieres te llevo a tu casa.

(Adela no contesta. Está buscando algo por toda la habitación. Revuelve la ropa y mira debajo de la cama y entre las sábanas, con gesto de repugnancia)

ADELA. *(Un poco avergonzada)* ¿Dónde están mis..., mis bragas? No las encuentro por ningún lado. *(Enfadada)* ¿No serás un fetichista y te la has guardado como trofeo?

LÓPEZ. No, no es eso...Las tiraste en una papelera, cuando salimos de la discoteca.

ADELA. ¿Que las tiré? ¡Eso es mentira! *(Exclama indignada, en las manos sujeta un vestido muy sexy de lentejuelas)*

LÓPEZ. En realidad, no eran unas bragas, era un tanga, decías que se te metía por el cu..., bueno ya sabes, y que te estaba jodiendo. Así que te lo quitaste y lo arrojaste a la primera papelería que se cruzó en nuestro camino.

ADELA. ¿Y por qué no me acuerdo de nada? *(se pregunta, llorosa)* He engañado a mi marido, que es un santo. Hasta mi madre, que es su suegra, lo dice. “Hija, te has casado con un santo varón, cuidalo que ya no hay muchos como él”. Se pasa el día trabajando, nunca se mete en lo que hago o dejo de hacer. Es un buen hombre. *(Indignada)* Tú no le llegas ni a la suela del zapato. ¿Te enteras? Es más, no le llegas ni al chicle pegado a la suela de su zapato.

LÓPEZ. *(Mirándola embelesado, dice para sí)* ¡Cómo me gustaría que hablara así de mí!

ADELA. *(Resignada)* Voy a vestirme en el cuarto de baño, me iré sin bragas, ¡qué remedio! Y encima con este vestido de fulana que me compré. Si estaba yo loca..., no sé qué pasó por mi cabeza para ponérmelo en la cena de la empresa. Pensarías que iba buscando guerra...

LÓPEZ. No, no. Estabas preciosa con él. Parecías un ángel bajado del cielo...

ADELA. Cállate, López. Hemos dicho que no hablaríamos de lo que pasó anoche. Ni una palabra, ¿entendido? Y como insinúes ni tan siquiera lo más mínimo en la oficina, me haré una corbata con tus cataplines, ¿te ha quedado claro?

(Dicho esto sale del escenario, con el vestido en una mano y unos zapatos de tacón en la otra. López la observa embelesado)

ESCENA SEGUNDA

(López y luego entra la Madre)

LÓPEZ. *(Coge un batín del perchero y se lo pone. Pasea por la habitación mientras habla)* Es preciosa, es buena, ¡es la mujer de mi vida! Pero está casada y, a sus ojos, yo soy un ser despreciable que la ha seducido cuando estaba borracha. *(Ilusionado)* Si supiera que cada día me levanto con la ilusión de ir a la oficina, encender el ordenador y mirarla con disimulo. Acabo rápido las tareas del día, así tengo más tiempo para observarla. Conozco cada detalle de rostro, sus gestos, hasta sus pequeñas manías. Me encanta ver el desastre de su mesa, tan distinta de la mía, siempre en perfecto orden. *(Suspira)* Y ella ni se fija en mí, ya lo ha dicho antes, ni siquiera sabe mi nombre de pila, ni se ha molestado en preguntármelo. Para Adela solo soy un cincuentón aburrido, ordenado y metódico, que no le despierta el más mínimo interés. No llego ni a la suela de los zapatos de su marido, me ha dicho, ni al chicle pisoteado por ellos. Y lo peor es que lleva razón, he visto la foto que tiene sobre su mesa. Su marido es muy guapo, alto y viste de manera elegante. *(Abatido)* No puedo competir con él.

(Entra la Madre, unos setenta años, viste una bata muy colorida de estar en casa, pero lleva un sombrero con plumas, muy elegante, y zapatos de tacón)

MADRE. *(Ilusionada)* ¿Qué pasa, Piolín? He oído ruidos y una voz femenina. No me digas que por fin has traído una chica a casa.

LÓPEZ. *(Mira hacia el cuarto de baño, preocupado por lo que haya podido oír Adela)*. No me llames Piolín, leche. Sabes que no me gusta, dejé de ser tu pichoncito hace mucho tiempo.

MADRE. Para mí serás siempre mi pequeño canario amarillo. *(Exclama nostálgica)* ¡Cómo te gustaban aquellos dibujos! A lo que íbamos, he oído una voz de mujer, incluso algunos gritos, *(pregunta con pena)*, ¿os habéis enfadado?, ¿me la presentarás?, ¿dónde está?

(Se oye la cisterna del váter)

LÓPEZ. *(Resignado)* Está en el baño. Pero no es lo que tú crees, luego te lo contaré todo. Ahora no puedo, va a salir en cualquier momento. Por favor, vete.

MADRE. Ni lo sueñes, Piolín. Es la primera vez, desde que vivo contigo, que traes a una chica a tu dormitorio. Si es que le has salido a tu

padre...Si no aparezco yo en su vida se hubiera quedado solterón. Era tan poca cosa el pobre, que en paz descanse... (*Suspira con tristeza*). Sin embargo, a mí nunca me han faltado los pretendientes, ni siquiera ahora que peino canas. Lo que pasa es que no quiero traerlos a casa, no quiero darte un padrastro, hijo mío.

LÓPEZ. (*En tono socarrón*) Tengo cincuenta años, mamá. No me voy a asustar si me presentas a alguno de tus novios..., (*para sí*) imaginarios.

MADRE. Por si acaso, hijo, por si acaso... Aunque nunca es tarde si la dicha es buena. Ayer vino ganado nuevo al centro, (*con acento argentino*) un argentino de mirada penetrante y mucha labia. (*Suspira*) ¡Ay, por qué será que me gustan tanto los sudamericanos! La pena es que nuestro amigo alemán está haciendo de las suyas con él.

LÓPEZ. ¿Va un alemán al centro de mayores? No me lo habías comentado.

MADRE. Mira que eres corto, hijo. Me refiero al Alzheimer, Piolín, al Alzheimer, esa enfermedad que tanto miedo me da.

(*En ese momento aparece Adela. Lleva puesto el vestido, muy corto y ajustado y unos zapatos de tacón alto, le cuesta mantener el equilibrio*)

ADELA. (*Con sorpresa*) ¿Quién es esta?

LÓPEZ. Es mi madre. Mamá, esta es Adela, una compañera de trabajo. Adela, esta es mi madre.

ADELA. Encantada (*dice sin dejar de mirar con asombro el sombrero de la Madre*)

MADRE. Lo mismo digo. Eres muy guapa, y ese vestido te sienta como un guante. (*para sí*) Y tiene la misma cantidad de tela que un guante.

LÓPEZ. (*En tono de reproche*) ¡Mamá, que te hemos oído! Es un vestido de fiesta, recuerda que anoche tuvimos la cena de empresa...

ADELA. Déjalo, López, no te molestes en disculparme. Tu madre lleva razón, este es un vestido de fulana. Me marchó, lo dicho, señora. Encantada de conocerla.

MADRE. (*En tono suplicante*) No, no te vayas todavía. Quédate a desayunar con nosotros, voy a comprar unos churros. Mientras tanto, podéis ir haciendo el chocolate, ¿vale, Piolín? Disculpa hijo, no quería llamarte así delante de una chica tan guapa (*Se dirige ahora a Adela*) ¿Te gusta mi sombrero? Me lo compré para una boda, ¡es precioso! Pero tengo tan pocas ocasiones para ponérmelo... Un día, el churrero

me vio con él y me dijo que estaba muy guapa. Por eso, cada vez que voy a por churros me lo llevo puesto, así siempre me lanza algún piropo y a mi edad, hija, eso es de agradecer.

ADELA. *(Asombrada)* Claro, claro, hace usted bien.

MADRE. ¿De verdad lo crees? Pues hay gente que dice que estoy como una cabra, fíjate. Me caes bien, tienes que quedarte a desayunar con nosotros. *(Coge las manos de Adela y se detiene un momento mirándolas, después habla con tristeza)*. Aunque si tienes otros compromisos, entenderé que te vayas. *(Dicho esto mira a su hijo con tristeza y sale de la habitación moviendo las caderas sin disimulo)*.

ESCENA TERCERA

López y Adela

ADELA. Tú madre es un poco rara, ¿no?

LÓPEZ. ¿Un poco? Qué considerada eres. Es más rara que un perro verde. Pero es muy buena persona. Un día vino a mi casa y se dio cuenta de lo solo que estaba. El fin de semana siguiente se mudó a vivir conmigo. De eso hace diez años. No sabe cocinar, ni poner la lavadora. Me ha quemado varias camisas intentando plancharlas y dejó el horno fuera de combate cuando me hizo mi último pastel de cumpleaños, pero es un cielo, sabe hacerme sonreír y que me sienta especial. Y eso, a mi edad, ya es mucho.

ADELA. Mi madre nunca ha sido así conmigo. Siempre pone faltas a todo lo que hago, como si no estuviera a la altura de lo que esperaba de mí, quizás es porque me parezco demasiado a mi padre, soy un auténtico desastre.

LÓPEZ. En eso estoy de acuerdo, en la oficina, tu mesa es la más desordenada de todas. Pero tiene su encanto. A veces me gustaría ser así, como tú, y no obsesionarme con tonterías como si he dejado el lápiz sobre la mesa derecho o torcido.

ADELA. Es que lo tuyo con el orden es un poco enfermizo. Y volviendo a mi madre. Ella es doña perfecta, a menudo me agobia. No deja de meterse en mi vida, incluso en mi matrimonio.

LÓPEZ. *(Coge aire y dice la frase como si fuera un impulso que no puede dominar)* ¿Eres feliz en tu matrimonio?

ADELA. *(Se queda un momento en silencio, como si reflexionara)* Sí, claro. Anoche estaba borracha, y tú te aprovechaste *(vuelve el tono furioso)*. Claro que soy feliz. Muy feliz... *(Su tono se apaga de nuevo)* Pero estas fechas, ya sabes, las Navidades, me revuelven el estómago. Nunca me gustaron, ni siquiera cuando era una niña, los Reyes Magos no me traían los juguetes que les había pedido. Los odiaba a muerte, incluso incluía amenazas en mi carta: “si este año no me traes a la Nancy Ibicenca, nunca más dejaré vasos de leche ni agua para los camellos”. Cuando me enteré que era mi madre la que se ocupaba de comprar los regalos, trasladé a ella parte de ese odio.

- LÓPEZ. (*La contempla con embeleso*) Debiste ser una niña preciosa. No como yo. Con siete años ya llevaba gafas. Tenía las piernas como palillos de dientes y una endodoncia a los doce. Era la víctima propicia de todos los matones.
- ADELA. (*Apenada*) Lo siento
- LÓPEZ. (*En falso tono alegre*) Eso pasó hace mucho tiempo, no te preocupes. Y ahora, ¿por qué no te gustan las Navidades?
- ADELA. Por las cenas familiares, sin duda. Odio reunirme con la familia por obligación. Es superior a mis fuerzas. En casa de mis suegros cenamos en Nochebuena, para Nochevieja toca la casa de mis padres. Las dos son horrorosas, pero sobre todo la Nochebuena. Un día de estos estallaré y le diré a mi marido que no pienso asistir ni a una comida más con su familia. No te puedes hacer ni la más remota idea de lo mal que lo paso.
- LÓPEZ. En cambio, mis cenas son divertidas, mi madre se trae a algunos de sus amigotes del centro de mayores donde pasa la mayor parte del día. Mi casa se transforma en un geriátrico, pero casi todos son como ella, imprevisibles y divertidos. Una noche me llegó un anciano con un pañal puesto encima del pantalón. Cuando se lo dije, me miró como si yo estuviera loco y contestó que le era más cómodo ponérselo así.
- ADELA. Mi suegra es una fiera, una leona... o mejor dicho, una hiena. Es la matriarca, nadie se atreve a llevarle la contraria. Mi suegro es un ser insignificante que apenas abre la boca. Y luego está mi cuñada Marta, cuyo su objetivo vital es retocar su cuerpo con cirugía estética, tiene menos conversación que una gamba. Y mi cuñado Guillermo, el viudo, que se pasa toda la noche tratando de meterme mano, dice que soy igualita a su difunta esposa. Todos parecen disfrutar metiéndose conmigo y, lo peor de todo, es que Fede no hace nada para defenderme. En esos momentos lo odio, podría estrangularlo o clavarle un cuchillo de cocina por la espalda. Quizás la única que se salva es Rose, otro bicho raro como yo...
- LÓPEZ. (*Divertido*) Vaya, qué agresiva, Adela. En la oficina nunca me lo habías parecido...
- ADELA. No sé por qué te cuento todo esto, debería estar furiosa contigo... (*En tono de advertencia*) Y lo estoy, no te creas... (*Cambia el tono, ahora es más reflexivo*) Pero, mientras estaba en el baño, he reflexionado. Tengo la absoluta convicción de que las cosas no pasan por que sí. Siempre hay alguna causa detrás que las provoca. ¿Por qué decidí este año ir a la cena de la empresa si nunca asisto?, ¿por qué me compré este minivestido?, ¿por qué me emborraché hasta el

punto de meterme en la cama de un compañero de trabajo del que ni siquiera sé su nombre de pila?

LÓPEZ. Mi nombre es...

ADELA. (*Interrumpiéndolo*) No, no quiero saberlo. Haría que todo esto fuera más personal. Y prefiero olvidarlo cuanto antes.

LÓPEZ. Como quieras. ¿Por qué crees que hiciste todo eso, lo del vestido, lo de la cena, lo de...?

ADELA. (*Desolada, mientras que habla, pasea por el escenario*) Porque mi matrimonio no va tan bien como mi madre cree. Porque Fede, mi marido, ya no es el hombre perfecto con el que me casé. Más bien parece un perfecto desconocido. (*Suspira*) Quién sabe, quizás, lo único que quería era llamar su atención. Cuando le enseñé el vestido, ni siquiera reparó en lo corto que era, en lo amplio del escote. (*Con mucha tristeza*) A veces pienso que soy invisible para él...

LÓPEZ. (*Con admiración*) Es imposible que seas invisible para alguien.

ADELA. (*Lo mira extrañada y se pone nerviosa, como si la hubieran sorprendido en una falta*) Tengo que marcharme, dile a tu madre que no me he podido quedar. Por favor, no le cuentes que estoy casada. No sé por qué, pero me gustaría que no pensara mal de mí. Si eso es posible después de conocerme vestida de fulana.

LÓPEZ. Mi madre no se deja impresionar por el aspecto de las personas. Ya has visto como vive ella. Quizás, si le hubieran dado la custodia a ella cuando mis padres se divorciaron, mi vida hubiera sido más divertida. Al menos más desordenada, mi padre era un hombre muy metódico, nunca dejó que dejara nada al azar, ni por medio. De todas formas no le comentaré nada de tu estado civil.

ADELA. “Mi estado civil”, suena a cachondeo. (*Mirándolo con extrañeza*) ¡Qué raro eres, López! Ahora tengo que marcharme, ya sabes, de esto ni *mu*.

LÓPEZ. (*Con una sonrisa*) Tranquila, no diré nada en la oficina, te lo juro. No alimentaré de chismes a esas contables chismosas.

ADELA. (*Con agrado*) Gracias.

LÓPEZ. Adiós.

(*Adela sale del escenario. López se queda solo y vuelve a pasear por la habitación hablando solo*)

LÓPEZ. Es la mujer de mi vida. Estoy convencido, si me quedaba alguna duda, hoy se han resuelto todas. Pero ella nunca se fijaría en mí, ni aunque rompiera con su marido. (*Enfadado*) Ese estúpido que ni la mira, ni la defiende, el aparente marido perfecto, pero que hace agua por todos lados. (*Pasea unos segundos en silencio*) Nunca se fijará en mí, solo soy un cincuentón sin atractivo. (*Ilusionado*) Lo mismo si me apunto al gimnasio y me hago un implante de pelo... ¡Qué tontería! Cada uno es lo que es. El físico no me acompaña, pero mi corazón es grande, haría cualquier cosa por Adela, por hacerla feliz